

Ricardo Strafacce

LA
ESCUELA
NEOLACANIANA
DE BUENOS
AIRES

LA ESCUELA NEOLACANIANA DE BUENOS AIRES

RICARDO STRAFACCE

blatt & ríos

Índice

Cubierta

Portada

Dedicatoria

I

II

III

IV

V

Sobre el autor

Créditos

A Jorge Luis Fernández

Hay que “verduguear” a la persona. ¿Por qué? Porque hay que despertarle aquello que está como metido dentro de lo que es su “cobardía moral”. Hay que empujarlo a la cornisa para que asuma la posición narcisística...

LIC. ALFREDO EIDELSZTEIN

I

Podría decirse que se trataba de un grupo de amigos si la palabra “amigos” no resultara un tanto excesiva entre psicoanalistas ultraortodoxos. Todos exitosos en lo económico y, quien más quien menos, con cierto reconocimiento académico, habían confluído casi naturalmente en un grupo de “investigación y teoría” al que, con alguna pompa, y evidente ironía, llamaron Escuela Neolacaniana de Buenos Aires (ENBA).

No todo, sin embargo, era pompa e ironía, en especial lo de “Neolacaniana”, que si, hacia afuera, designaba con cierta obviedad la orientación teórica del grupo, hacia adentro aludía sin complejos a un chiste privado, y más que privado, secreto, que en algún momento había mutado aquella inocente condición de chiste para convertirse, primero, en motivo de reflexión -reflexión irónica pero reflexión al fin- y, más tarde, en invaluable herramienta para la práctica clínica.

“Función terapéutica del verdugueo” habían llamado desde el comienzo a aquel chiste (luego devenido motivo de reflexión teórica y, después, de sadismo clínico) surgido en alguna de esas distendidas tertulias que tenían lugar cuando, concluida alguna de las reuniones “oficiales” de la Escuela, se descontracturaban, cerveza, café o whisky de por medio, en un bar de Pueyrredón y Paraguay.

En aquel entonces, el chiste no era más que un chiste que, con cierto cinismo, evocaba el peculiar trato que Lacan dispensaba a sus pacientes. Pero en algún momento, los integrantes de la Escuela empezaron a tomarse en serio el tal chiste y, deseosos, aunque al principio tímidamente, de

remediar aquellos modales del Maestro, se propusieron estudiar los fundamentos teóricos que justificaban el maltrato a los pacientes y, ya que estaban, explorar formas nuevas de verdugueo. El deseo del analista (ese misterio) y la cobardía moral del neurótico (esa certeza), y sus implicancias en la Cura, eran el marco en el cual debía pensarse la cuestión, decían en la ENBA. Así, poco a poco comenzaron a convencerse unos a otros de que el maltrato al paciente tenía de verdad valor teórico puesto que cumplía la función terapéutica de que éste abandonara la posición sacrificial y recuperara, o alcanzara por primera vez, la *posición* (todos eran muy diestros en la pronunciación de bastardillas orales) narcisista. De ahí a desarrollar (cada uno por su lado, aunque en rico intercambio con los otros) técnicas de maltrato cada vez más sutiles, novedosas y sofisticadas y a intercambiar esas experiencias en el café de Pueyrredón y Paraguay había un solo paso, paso que todos dieron alegres y entusiasmados como colegiales que se van de picnic.

Obviamente, en este punto, como en todos los otros que eran objeto de atención por parte de la Escuela, existían, sino disidencias, ostensibles matices. Baste evocar a ese efecto una reunión en el café citado ocurrida en los últimos días de un diciembre cuando los integrantes de la ENBA se habían reunido para despedir el año, brindar y dedicarse buenos augurios. En esa reunión, por primera vez encararon seriamente, como colectivo, las formas de “bajar” a la práctica clínica aquellas reflexiones teóricas sobre el asunto. La licenciada Mariela Pérez García (cuarenta años muy bien llevados, piernas interminables, sonrisa ambigua), por ejemplo, sostenía que cada paciente era distinto y que, por lo tanto, no se podía maltratar a todos con las mismas técnicas. Pero su colega Rolando Quartucci (no menos de cincuenta, elegante como el que más aunque algo excedido de peso) no estaba del todo de